

## JAPÓN Y LA IMPORTANCIA DE SU PAPEL EN EL ENCUENTRO ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

Arturo OROPEZA GARCÍA\*

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *Japón y el choque de civilizaciones del siglo XIX*. III. *Japón y el modelo asiático de desarrollo*. IV. *Reflexiones finales*. V. *Bibliografía*.

### I. INTRODUCCIÓN

El siglo XXI se ha caracterizado a lo largo de dos décadas por evidenciar de múltiples maneras las consecuencias del encuentro, choque, diálogo, etc., entre dos culturas-civilizaciones, que a partir del siglo XIX han batallado por el reconocimiento de su trascendencia dentro de un nuevo orden global, después de una lejanía histórica arropada por la dificultad de su geografía y la comodidad de un auto-confinamiento geopolítico asiático que ya anticipaba, ante un posible cambio, el desorden de lo sucedido en su tiempo milenario.

La llegada de Inglaterra a China en 1839 y de Estados Unidos a Japón en 1954, bajo una embajada beligerante y amenazadora, es lo que provoca el primer *encuentro* de dos civilizaciones milenarias<sup>1</sup> que se habían evitado por diversas razones, pero que a partir de ese momento, su convivencia se produce de manera ininterrumpida, llena de retos y temas pendientes que siguen en espera de una solución sustentable.

---

\* Doctor en Derecho e investigador en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Vicepresidente del Instituto para el Desarrollo Industrial y el Crecimiento Económico (IDIC).

<sup>1</sup> Para los efectos prácticos de este trabajo, en Asia del Este se reconoce la existencia de las civilizaciones china, japonesa y musulmana, en convivencia directa con la rusa y la india. Por civilización occidental se entiende la suma de Estados Unidos y la Unión Europea.

La relación Oriente-Occidente es tan antigua como el hombre mismo, pero la intensidad de lo sucedido a partir de la guerra del opio entre Gran Bretaña y China y poco después por la llegada violenta del Comodoro Perry a Japón, marcan un antes y un después entre dos civilizaciones, dos regiones que hasta ese momento marchaban por caminos geopolíticos y geoeconómicos distintos.

En ese sentido Japón y China son las piezas culminantes de un proceso civilizatorio de integración global que si bien siempre estuvo presente, las circunstancias y las condiciones que le rodean lo muestran como la etapa geopolítica central de un diálogo inacabado, de un primer choque de civilizaciones entre Asia del Este y las naciones Occidentales herederas de la Primera Revolución Industrial.

Lo anterior cobra relevancia ante el crecimiento de un debate mundial que ya habla de un traslado político y económico del Atlántico al Pacífico, donde las diferentes vertientes empiezan a construir un nuevo relato que intenta explicar las razones o impedimentos de una *inevitabilidad asiática*, donde la derrota de ayer se traduciría en un regreso exitoso donde no se sabe a ciencia cierta el nivel o la naturaleza del mismo.

Dentro de esta larga jornada que ya abarca más de siglo y medio, aparece Japón como un país de la región de Asia del Este que desde el primer momento de este encuentro ha jugado un papel relevante por haber sido el primer eslabón entre dos universos.

A Japón, en el marco de su circunstancia le toca vivir el reto de ser el primer país de Asia del Este en enfrentar la experiencia del choque occidental. También le corresponde bajo una reacción acertada convertir este reto en la oportunidad de convertirse, primero, en una nación industrial, luego en una potencia y de manera general en una economía exitosa que desde finales del siglo XIX hasta la fecha, bajo diferentes formas y condiciones la mantienen como la tercera economía del mundo.

No obstante, la naturaleza de su respuesta económica y política tanto en el siglo XIX como en el siglo XX, sigue conservando tal vigencia que la mayoría de los países de Asia del Este, con sus propias condiciones y tiempos, la han venido reproduciendo con tal éxito que está dando lugar a lo que hoy ya se reconoce como un segundo encuentro o choque de civilizaciones en el marco del cual China, como lo hizo Japón en su momento, convoca nuevamente a la configuración de un nuevo orden global con características asiáticas.

La dimensión de las preguntas que se hacen hoy respecto a esta propuesta obligan a buscar dentro de sus primeras explicaciones sobre el origen de un modelo asiático del desarrollo, de un Estado Desarrollador, que con gran éxito se ha venido desempeñando desde el siglo XIX hasta nuestros

días. En ese sentido, lo sucedido en Japón en sus experiencias con Occidente, no obstante el tiempo transcurrido y la literatura generada sobre el tema, se representa como una pregunta de previo pronunciamiento, tanto por los logros nacionales obtenidos como por los efectos heredados a su región.

Japón es parte de una civilización oriental que con su gestión en el primer choque de civilizaciones del siglo XIX generó una estrategia económica y política con características propias, la cual se ha venido reproduciendo exitosamente por la mayoría de las naciones del Este de Asia, de manera especial por la Republica Popular China.

En los siguientes apartados se tratará de abordar la naturaleza de esta participación y su relevancia, como un principio de explicación de las consecuencias económicas y políticas que se siguen desprendiendo del primer choque de civilizaciones del siglo XIX, ahora en el siglo XXI.

## II. JAPÓN Y EL *CHOQUE DE CIVILIZACIONES* DEL SIGLO XIX

Mucho se habla de China. Del milagro chino, de su posible hegemonía en el siglo XXI. Junto con ello también se agrega el ascenso económico y político de Asia del Este desde la segunda mitad del siglo XX, al mismo tiempo que se observa el declinamiento de una buena parte de las economías europeas y la problemática de los Estados Unidos.

Se discute de cambio de épocas y de eras y del traslado del centro global del Atlántico al Pacífico. De una nueva reconfiguración del orden establecido y del ocaso de un tiempo Brettoniano que no cumple más con su papel de ordenador razonable del flujo mundial.

Muchas son las razones que se comentan para que esto suceda, pero lo que destaca de ello en esta etapa de la *inevitabilidad asiática* e incluso de la *inevitabilidad china*, es que de ninguna manera es un proceso nuevo y más bien se remonta al tiempo donde se sucede el primer choque de civilizaciones —en sentido inverso al planteamiento de Huntington— donde la gran fuerza civilizatoria de Occidente del siglo XV al XX, choca de frente con las debilitadas civilizaciones de Asia (con China y Japón a partir del siglo XIX) y escenifican un primer encuentro militar, económico, político y cultural, cuyas consecuencias en el tiempo no han terminado, dada la profundidad y vigencia de sus culturas.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> El mundo fue transformado de forma radical en el siglo XIX por los titánicos nuevos poderes desencadenados por la Revolución industrial y la revolución científica. Los

Japón, como una de las civilizaciones destacadas de Asia del Este, en el siglo XIX jugó un papel central en la historia de este encuentro. Desde luego no fue la primera civilización asiática en resentir la llegada del brote preindustrial-renacentista que empezó a tomar posiciones globales en Asia desde finales del siglo XV. Sin embargo, la forma como enfrenta la llegada de las hegemonías; su manera de administrar el reto; la rapidez de su reordenamiento político; su *asimilación* oriental de la cultura occidental y sobre todo, su manera de construir un modelo de desarrollo económico-político con características asiáticas, son parte de una realidad que sigue explicando en gran medida el cambio que se vive en esta primera mitad del siglo XXI.

En la amplia geografía civilizatoria de Asia, como ya se indicó, su parte centro-oriental destaca por albergar a cinco de sus más grandes exponentes que son las civilizaciones China, India, Rusa, Musulmana y Japonesa, de las cuales la última sobresale por haber iniciado en la segunda parte del siglo XIX el camino de la reivindicación regional, después de que la mayoría de ellas, en diferentes tiempos y de diversos modos, fueron coptadas por el ciclo hegemónico occidental a partir de la mitad del segundo milenio de nuestra era.

Las civilizaciones de Asia del Este, de manera especial China, India y Japón, vivieron durante muchos siglos el privilegio de la distancia que las alejó de un clima en extremo beligerante que caracterizó el devenir de las primeras sociedades occidentales y de Asia Menor. La distancia, la geografía, los obstáculos naturales y la falta de tecnología ocasionaron que los encuentros de Asia del Este con Occidente fueran excepcionales, y si bien se asumían en sus respectivas antípodas, su comunicación y contacto solo empezó a mul-

---

transportes modernos y las tecnologías de la comunicación, como el buque de vapor, el ferrocarril y el telégrafo (el primer enlace telegráfico entre China y Europa se estableció en 1871), conectaron al planeta como nunca antes. Las nuevas tecnologías militares, incluyendo acorazados de guerra vapor y metralletas, dieron a los países industrializados una superioridad militar sin precedentes sobre los pueblos no industrializados. El poder y la riqueza también convirtieron a estos países industrializados en modelos muy atractivos, aunque se produjo un periodo de retraso perceptible antes de que muchos pueblos, fuera del núcleo de temprana industrialización, percibieran el carácter aparentemente irresistible de la modernización, y muchos de ellos nunca le dieron la bienvenida. “De 1860 a 1914, la red de acero [los ferrocarriles] se extendió por todo el mundo, y lo mismo sucedió con las técnicas políticas, financieras y de ingeniería que se desarrollaron junto con ella”, no obstante que “entre los pueblos no occidentales sólo los japoneses mostraron un entusiasmo real por los ferrocarriles” y que, incluso en Japón, el primer tramo de 29 kilómetros de línea férrea no se instaló sino hasta 1872. En China, la primera línea de ferrocarril corta fue construida por una compañía británica en 1876, pero luego fue adquirida por el gobierno chino para ser desmantelada al año siguiente (Holcombe, 2016, p. 253).

tipificarse de manera evidente hasta que la tecnología y la voluntad europea irrumpieron en los mares y los territorios desconocidos de su época.<sup>3</sup>

La primera generación de la innovación preindustrial, en especial el transporte marítimo y la nueva tecnología de la guerra, ocasionan que las distancias se reduzcan y las barreras caigan. Y que poco a poco y una a una estas civilizaciones asiáticas fueran cediendo progresivamente ante la superioridad bélica occidental. Primero India, con la llegada de los portugueses a la actual Kerala (1498) y poco después con los ingleses a través de la Compañía Británica de las Indias Orientales, que por cerca de 350 años dominaría bajo diferentes figuras políticas y económicas al país.

A China, después de múltiples intentos, en 1839 durante la guerra del Opio la superioridad inglesa sin doblarla la vence y la obliga a abrirse al comercio y a los intereses ingleses y junto con ellos a los de los principales países europeos. Japón, que también había gozado del privilegio de una política de aislamiento o *Sakoku*, como medio de defensa regional y desde luego global, 13 años después de la *derrota* China recibe la llegada de una flota norteamericana que le dice que su etapa de aislamiento había terminado y que junto con sus vecinos regionales, a partir de ese momento ya era parte de un ajedrez global que desde entonces ha escenificado diferentes reacomodos. Que el mundo, como dice Thomas Friedman, se había hecho plano y más complejo.

India vive su circunstancia hasta su independencia en 1947. China enfrenta la suya a través de un pedregoso camino interno y externo que la recuperan parcialmente hasta 1949. Japón, a diferencia de sus vecinos regionales, a través de una diplomacia pragmática y eficiente y una traducción acertada del momento histórico que vive, logra el increíble salto de una transformación exitosa, que todavía en la actualidad sigue siendo tema de debate sobre el tipo de atributos y grado de participación de los mismos para lograrlo. De lo que no hay duda es que con el éxito de su incorporación a la sociedad occidental de su tiempo, Japón construyó un puente político, económico y cultural de múltiples dimensiones entre dos regiones del mundo cuyo dialogo está lejos de concluir.

Este *encuentro* o *choque* como sugiere Huntington de manera desfasada, de cara al siglo XXI; o *fusión* como trata Mahhubani de suavizar, que se

---

<sup>3</sup> El alcance y la calidad de la información sobre distintas partes de Asia dependían en gran medida de los europeos. En el siglo XVIII, a diferencia de la segunda mitad del siglo XIX, muchos gobiernos asiáticos aún estaban en condiciones de regular la entrada y movimientos de los extranjeros. Los informes de los viajeros de todas las provincias del país (China) solo estuvieron disponibles alrededor de 1900. Ningún otro Estado asiático practicó una política exterior tan inflexible como Japón, Corea y China (Osterhammel, 2018, p. 113 y 117).

sucede frontalmente entre Occidente y Oriente del siglo XV al XIX, en detrimento de las naciones asiáticas, no ha concluido, y en una era del Pacífico que poco a poco se va instalando a cambio del declinamiento de una era del Atlántico, pone nuevamente sobre la mesa el tema de una confrontación de dos regiones-civilizaciones que están obligadas a encontrar en el marco de sus diferencias, la fórmula de una convivencia global sustentable y armoniosa.

### III. JAPÓN Y EL MODELO ASIÁTICO DE DESARROLLO

#### 1. *La construcción política*

La incorporación de China y Japón en este choque de civilizaciones ocasiona un sinnúmero de efectos para dos universos civilizatorios que poco habían dialogado y que poco habían compartido. En primer lugar, la fuerza de su oleaje genera entre otros efectos la interrupción de la inercia civilizatoria de una región de más de dos milenios de antigüedad, al propio tiempo que abre por primera vez la posibilidad de una convivencia plena entre dos mundos de visiones diferentes.

Este encuentro deja en la inmediatez de su primer contacto un saldo coyuntural de ganadores y perdedores, así como una lectura fácil de civilizaciones superiores e inferiores que se produce con el humo de la pólvora de los cañones que no permitieron ver en su momento más allá de los resultados económicos de una superioridad militar.

A Japón su choque con Occidente lo ejemplifica el arribo de la flota del Comodoro Matthew C. Perry, que en 1854 lo obliga a firmar un tratado (Kanagawa) por el cual se compromete a romper su aislamiento por medio de la apertura de los puertos de Nagasaki, Shimoda y Hakodate; al cual siguió otro tratado en 1858 en el que se incluyó una cláusula de extraterritorialidad, la cual significó el fin de una era milenaria de cultivo interno, huraña a todo tipo de relacionamiento exterior.

Japón como China, a partir de estos primeros acuerdos internacionales vive lo que se llamó “el siglo de los tratados” en Asia del Este, los cuales fueron la llave que abrió la puerta para que después tanto China como Japón tuvieran que firmar tratados similares con otros países como Rusia, Holanda, Inglaterra, Francia, etc. La era del *Sakoku* había concluido para Japón, igual que la del Reino del Medio para China y su tradicional aislamiento.

En este primer choque de civilizaciones los poderes asiáticos tuvieron que amoldarse y ceder de múltiples maneras a la hegemonía occidental, debido entre otras razones al agotamiento de sus ciclos civilizatorios que en su atraso, frente a la industrialización del Atlántico, los expuso fácilmente al dominio de los poderes marítimos de la segunda mitad del milenio.

China administraba con gran dificultad el declinamiento de una dinastía (Qing), la cual a la postre vería su fin en 1911. Japón, con fuertes convulsiones, también presenciaba el fin no solo de una etapa de su Estado Moderno Temprano en la egida del Shogunato Tokugawa, sino que también vivía las postrimerías de un orden político normado principalmente por el poder de la espada y el Shōgun en turno, así como por una presencia imperial de naturaleza simbólica.

En enero de 1869, catorce años después de la firma de Japón de su primer acto de apertura con el exterior, esta situación cambia radicalmente ante la declaración de la Dinastía Meiji de iniciar una nueva etapa de gobierno con base en la *restauración* de la monarquía, como un primer paso para reordenar las inercias del pasado y de manera importante, para hacer frente a las amenazas del exterior.

El proceso no fue terso ni rápido. Reorientar una realidad política, económica y militar que había prevalecido por lo menos los últimos 400 años no fue una tarea sencilla. Sin embargo, Japón operó de manera ágil y eficiente y de vivir en lo interno una fragmentación feudal y en lo externo una nación mayormente tributaria de China, en 1894, 26 años después de su restauración, invade por primera vez al gigante asiático, convirtiéndose en la nación dominante de Asia del Este al derrotar en 1905 también a Rusia.

Japón practica durante dos milenios una estrategia inteligente de desarrollo interno, al propio tiempo que una convivencia de aprendizaje y equilibrio con la nación económica más poderosa de su tiempo, la cual había inaugurado su Estado moderno desde el 221 a. C. De este modo, el aprendizaje y el pragmatismo se convierten para Japón en instrumentos de sobrevivencia que a partir del siglo VI le dan las pautas de un camino con características propias, pero siempre bajo la presencia de una civilización exuberante que lo mismo enriquece su patrimonio cultural que lo limita en su desarrollo interno y regional.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Pocos pueblos han creado un estilo de vida tan inconfundible. Y sin embargo, muchas de las instituciones japonesas son de origen extranjero. La moral y la filosofía política de Confucio, la mística de Chuang-tsé, la etiqueta y la caligrafía, la poesía de Po Chü-ü y el *Libro de la piedad filial*, la arquitectura, la escultura y la pintura de los Tang y los Sung modelaron durante siglos a los japoneses. Gracias a esta influencia china, Japón conoció también las es-

Del siglo VI al XIX Japón recorre un largo camino en el que va construyendo una civilización propia; explorando diferentes formas de organización política donde pasa por un Estado Antiguo donde se da la aparición de sus primeros Estados y un Estado Central Unificado (siglo III-siglo XII); un Estado Medieval donde los Shogunatos rivalizan con el poder central y la figura del Emperador (siglo XIII-siglo XVI); un Estado Moderno Temprano, en el que el Shogunato Tokugawa genera mayor orden y estabilidad (siglo XVII-siglo XIX) hasta el momento de la Restauración Meiji en 1868.

En 1221 con el Shogunato Kamakura, en 1392 con el Shogunato Muro-machi y en 1680 con el Tokugawa principalmente, Japón administró una era de poder político *medieval* y de un Estado moderno temprano a través de la figura principal de un Shōgun, que en apariencia regia junto a la figura de un Emperador, además de múltiples señores feudales y un amplio gabinete y aparato administrativo. Sin embargo,

De hecho con apenas algunas excepciones de corta duración, desde finales del siglo IX por lo menos, el emperador japonés no gobernaba, sino que meramente reinaba. Cuando el Shōgun Tokugawa asumió el control político en el siglo XVII, tuvieron dificultades para mantener la idea de que estaban gobernando en nombre del emperador, afirmando que simplemente estaban atendiendo los asuntos mundanos que no eran dignos de su augusta majestad (Heisig, Kasulis, Maraldo, Bouso, 2016).

A pesar de ello, de la suspensión de la figura imperial como centro del poder por casi mil años, Japón no duda en el siglo XIX de retornarle al emperador su poder central a fin de aglutinar a los diferentes actores internos alrededor de su imagen nuclear y sagrada, tanto para orquestar su defensa como para dar inicio a su respuesta ante un orden desconocido.

¿Japón fue una civilización asiática en convivencia exitosa con un orden occidental? ¿Huyó hacia Occidente? ¿Se convirtió en un Estado capitalista industrial, o se mantuvo como un Estado asiático totalitario (Absolutismo Meiji)?, o ¿inauguró un modelo pragmático-ecléctico, entre la asimilación y puesta en marcha de lo mejor de dos realidades y dos modelos de Estado?

Lo cierto es que Japón ante el arribo occidental, logra transformar una larga etapa de Shogunatos plagada de señores feudales (Daimyō) y de cientos de miles de Samuráis, a través de la restauración de la figura del Em-

---

peculaciones de Nagarjuna y otros grandes metafísicos del budismo Mahayana y las técnicas de meditación de los hindúes (Paz, Octavio en Asiain, 2014, p. 59).

perador (Tennō). Con la llegada del Emperador Meiji Tennō (Mutsuhito) (1867-1912) y una nueva organización del poder político, Japón da respuesta a la presencia occidental que a la postre, más que una irrupción en su vida interna, le sirve de catapulta para ascender a lugares geoeconómicos y geopolíticos que no había tenido antes.

Llegar a un principio de estabilidad política frente a Occidente a China le tomó más de 100 años (1840-1949), y de un principio de recuperación económica más de 130 años (1840-1978). A India, del año 1600, fecha que se concede el permiso para ejercer el comercio exclusivo a la Compañía Británica de las Indias Orientales, pasando por sus diversas expresiones de control y dominio hasta su independencia en 1947, le llevó casi tres siglos y medio liberarse del dominio occidental. A Japón, como ya se indicó, le lleva menos de 20 años su replanteamiento institucional (1854-1868).

El *modus* liberal exigido a Japón por Occidente, como un requisito para reanudar negociaciones comerciales más amplias y justas, fue la historia de un primer encuentro de dos culturas en la que una de ellas, en el ejercicio de su hegemonía, exigió a la segunda su total asimilación a un lenguaje jurídico, económico y comercial que era ajeno a su costumbre y a su idiosincrasia.

Para resolver estos retos Japón decide construir un puente de integración occidental con características asiáticas. Bajo esta preocupación no fueron pocas las misiones que envió a los diversos países europeos con el fin de conocer al otro, saber del otro. Conocer sus culturas y aprender sus secretos de una revolución industrial que estaba definiendo el éxito y el atraso de las regiones. Va a Francia y Alemania a aprender los modelos jurídico-políticos, a Estados Unidos e Inglaterra los industriales, Alemania y Estados Unidos los militares, etc., en un pragmatismo acelerado por dominar los secretos de las naciones dominantes. Sin embargo, en esta dinámica etapa de cambio, en este primer diálogo entre Asia y Occidente, lo que no hace Japón es olvidarse de los activos de una etnicidad y de una cultura del poder diferente a la occidental.

## 2. *El cambio político y la etnicidad*

Lo que sucede en este primer choque es la aproximación de dos civilizaciones con cosmogonías diferentes, a las cuales las reúne y las enfrenta el aplanamiento global, donde la *asimilación* de Japón al orden occidental es la relatoría de un encuentro de dos culturas que día a día debaten sobre el grado de su asimilación en una dimensión que hoy sabemos no es solo económica o política, sino también civilizatoria. Es el *experimento* de un diálogo

formado entre un país asiático milenario y complejo, que como lo señalaba el Príncipe Shōtoku desde el siglo VII, como un gran árbol tenía las raíces sintoístas, el tronco confuciano y los frutos budistas.

Por ello, si bien la dinastía Meiji promulga una proto-Constitución en 1868 de 5 cláusulas y aprueba una primera constitución en 1889 para acelerar su dialogo con Occidente, nunca olvidó que sus fuentes confucianas y sintoístas le hablaban de un gobierno nacional fuerte, capaz de controlar a su sociedad, a sus señores feudales y negociar con fortaleza con el extranjero. Que si bien requería de un Estado *moderno*, este no debería perder los atributos ancestrales de un control absoluto que reconociera claramente la más completa reverencia y lealtad al emperador (Heisig, *et al.*, 2016, p. 1042).

Al respecto comenta Tanaka "...la constitución bien podría ser la prueba de un avance progresista, pero en realidad, con ella, la aristocracia no sólo había derrotado al liberalismo, sino también había ignorado el principio verdadero de las instituciones representativas". Agregando que

Los poderes del emperador fueron definidos por ley en la constitución, y como ésta había sido promulgada por el emperador mismo, solo él tenía la capacidad de iniciar enmiendas y cambios, además la constitución misma estaba por encima de críticas, pues a nadie le estaba permitido criticar al emperador; su palabra era sagrada e inviolable (Tanaka, 2011, pp. 202 y 207).

Con la asimilación jurídica, política y económica de Japón al modelo liberal de la época, se da un primer encuentro entre dos concepciones que tienen diferentes visiones del mundo y de la vida y por lo tanto de la manera de vivirla y de resolverla; dilema que como señala Mishra, está lejos de resolverse ante la obsesión de Occidente, desde entonces, de imponer al mundo, en este caso a Asia del Este, la *religión* del *Western Model* (Mishra, 2017, p. 37).

Esta primera etapa de occidentalización de Japón, vale la pena subrayar, no ocurre como un acto voluntario de cambio en la copia del otro. Se da en primer lugar como una necesidad de sobrevivencia ante la amenaza externa. Asimismo, su aparición se ve auspiciada por la conveniencia de escapar de un ciclo endógeno agotado y de una dependencia regional tributaria. Se da con prisas y bajo los términos de un contrato externo de adhesión que no da espacio a negociar sus cláusulas. Por eso, desde un principio la parte asiática en turno recurre a la *asimilación* como una estrategia de simulación, que si bien intenta ceñirse al clausulado occidental, en el fondo opera la *adaptación* asiática que más le acomoda, ya sea en la forma política, jurídica o en la estrategia económica.

Así, por ejemplo, en los Cinco Principios del emperador Meiji (1868), además de emitir un mensaje tranquilizador hacia los actores políticos internos recién disueltos de inclusión y participación (señores feudales y samuráis), también define el fortalecimiento del gobierno imperial. De igual modo, en la constitución de 1889, después de enviar diversas misiones de aprendizaje a Occidente y de diseñar un sistema jurídico semejante a sus contrapartes occidentales, el emperador Mutsuhito en el artículo 4° se coloca como la “cabeza del imperio, reuniendo en si mismo los derechos de soberanía y los ejercita de acuerdo con las provisiones de la presente Constitución”. Para no dejar dudas a lo anterior, en el artículo 5° aclara que “El emperador ejercita el poder legislativo con el consentimiento de la Dieta imperial”. Y si había dudas sobre su poder omnipresente en el artículo 6° se establece con contundencia que “El emperador dicta y ordena las leyes para que se promulguen y ejecuten” (The Constitution of the Empire of Japan [1889], Harvard University).

En este primer choque Japón toma el liderazgo asiático de la reivindicación bajo una estrategia de integración acotada, forzada por el peso de una hegemonía del Atlántico que dejaba poco espacio para la negociación. Sin embargo, con especial sensibilidad da la impresión de abandonar Asia y *huir* hacia Occidente con un manejo diplomático que satisface a las naciones industriales, las cuales lo ponen como un ejemplo de éxito para toda Asia. China en este primer choque se queda desfasada, primero, porque las invasiones occidentales multinacionales dentro de su territorio se siguieron unas a otras a lo largo del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, ante su negativa de renunciar a su jentura de centro del mundo. También porque sus grandes diferencias internas, a diferencia de Japón, no pudieron resolverse rápida ni pragmáticamente. El frondoso árbol de la civilización china requirió de más décadas para renovar su follaje, aunque nunca dejó de observar y de seguir de cerca todo lo que Japón hacía en su acercamiento con Occidente, lo cual hasta la fecha ha venido usando a su favor desde su primera apertura de 1978.

En esta *huída* hacia Occidente,<sup>5</sup> Japón como país milenario, como miembro de una región rica en desarrollo civilizatorio, recurre a su cultura

---

<sup>5</sup> Entre los más populares y fervientes occidentalitas de la época estaba Fukuzawa Yukichi (1835-1901), quien llegó a opinar en 1885 que Japón debería “abandonar Asia” culturalmente y distanciarse de sus vecinos más atrasados. “Es mejor que dejemos las filas de las naciones asiáticas y echemos nuestra suerte con las naciones civilizadas de Occidente”, escribió Fukuzawa.

H. M. Hopper, *Fukuzawa Yukichi: From Samurai to Capitalist*, Pearson Longman, Nueva York, 2005, pp. 121-122 (Holcombe, 2016, p. 291).

ancestral, a sus creencias, a sus formas de ordenar el poder, al Estado y a la sociedad, para construir un nuevo perfil. Esta historia de mito, leyenda y realidad que reconstruyeron los reformadores Meiji, apunta Martínez Legorreta, lograron la lealtad de las masas hacia la institución imperial y su persona.

En ese momento histórico —agrega— le dieron a Japón una unidad que tal vez no habría alcanzado de otra forma, al mismo tiempo que un sentido de unicidad que le habría de servir no solo para contrarrestar las ideologías extranjeras, sino para, años más tarde, y bajo nuevas circunstancias, impulsar y llevar a cabo su propio proyecto nacional, hegemónico y expansionista en el Este de Asia (Legorreta Omar, en Tanaka [comp.], 2011, p. 208).

Agrega el mismo autor que en la historia moderna ninguna otra nación cambió tan drásticamente su sociedad, sus costumbres, prácticas económicas, y estructura política para crear un Estado moderno como Japón; aunque agrega que esto se dio sin que perdiera su identidad cultural en el proceso (Legorreta, Omar en Tanaka [comp.], 2011, p. 186).

Otros autores como Hajime Tanabe, con diferentes matices pero coincidiendo en esta asimilación cultural, explican al Japón de la era Meiji como una mezcla antigua de budismo y confucianismo, en convivencia y asimilación con la cultura técnica y científica de Occidente (Heisig, *et al.*, 2016, p. 1049). Heisig, Maraldo y otros, también comentan que lo que se presenta en Japón en la primera mitad del siglo XX se parece más a un caleidoscopio de fuentes orientales y occidentales *dando tumbos* y reflejándose de una u otra manera sobre las cuestiones que han marcado la búsqueda de la sabiduría durante siglos (Heisig, *et al.*, 2016, p. 823).

En su diversidad, las diferentes opiniones nos hablan de un encuentro-choque-asimilación de civilizaciones, de un proceso no agotado donde a pesar del gran cambio que vive Japón en las postrimerías del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, aparece de manera constante la identidad de una civilización milenaria, de una región asiática rica en contenido cultural, en un dialogo con las civilizaciones desarrolladas del momento, que ahora vemos con claridad que se ha prolongado hasta nuestros días. Apreciamos también la presencia de dos visiones que a la fecha siguen dando *tumbos*, en un reacomodo que no acaba de concluir y que por el contrario, en la primera mitad del siglo XXI parece más vivo que nunca ante el ascenso de China y sus *características asiáticas* a la escena global.

Japón en su contacto-choque-fusión con Occidente no se presenta solo. Junto con él asiste toda la producción cultural que la región del Este de Asia

había generado los dos o tres milenios antes de este primer encuentro. De manera especial, a su interlocución se agrega toda la influencia de la poderosa cultura China, de la que Japón junto con Corea y los demás países de la zona desde siempre fueron beneficiados.<sup>6</sup>

Desde el 404, por ejemplo (la tradición señala 284), a través de Corea recibe las ideas políticas y sociales de un confucianismo que poco a poco se va sumando al andamiaje de una etnicidad nipona en construcción que a la postre se convertiría en el *tronco* del árbol. Al respecto comenta Smith que la primera prueba que se tiene sobre la utilización y adopción de las prácticas confucianas sobre ética y principios políticos es cuando el Príncipe Shōtoku (572-621) promulgó la famosa constitución de los “Diecisiete Artículos” en 604, en la cual el confucianismo jugó un papel central sobre la organización vertical del poder y los deberes del pueblo con el soberano. Que está tendencia de adoptar la línea confuciana para su organización caracterizó la actitud japonesa desde los primeros tiempos (Smith, 1959, p. 6).

El pensamiento confucianista ha sido parte de la realidad política y social del país del sol naciente a lo largo de su historia. A partir de su documento *fundacional*, la constitución de Shōtoku ya aceptaba en su artículo segundo las formas del poder vertical de naturaleza confuciana y la moral como elemento fundamental del Estado. Que los superiores actúen y que los inferiores obedezcan, que se respete el rito, la justicia, la confianza, la armonía. Que se castigue la maldad, la injusticia, son criterios de un documento central de la historia de Japón marcado por influencias confucianas. En la época de los Shogunatos, en especial en la era Tokugawa, el confucianismo bajo la reinterpretación principal de Zhu Xi y Wang Yangming, vive una etapa de especial reconocimiento en la vida social y política del país ayudando a orientar el orden familiar, al gobierno e incluso a las clases militares (Samuráis). En esta etapa política, como en China, se pedía que los niños respetaran a sus padres, los sirvientes a sus maestros, las esposas a sus maridos; los hermanos y hermanas que vivan en armonía; que el joven respete al mayor, que la gente se comporte rectamente. Toda una tradición filosófica confuciana puede rastrearse a lo largo de la construcción del relato japonés. Fujiwara Seika, Nakae Tōju, Yamasaki Ansai, Asami Keisai, Ogyū

---

<sup>6</sup> Estas paradojas insinúan que también China fue diversa en otros tiempos, como lo siguen siendo las restantes naciones muy pobladas. China sólo se diferencia en que fue unificada mucho antes. Su “chinificación” supuso la homogeneización drástica de una inmensa región en un antiguo crisol de pueblos, la población china del Asia sudoriental tropical y una masiva influencia en Japón, Corea e incluso posiblemente en India. Así pues, la historia de China constituye la clave de toda la historia de Asia Oriental (Diamond, 2010, p. 371).

Sorai, Baien y Sontoku, son algunos de los pensadores confucianos japoneses relevantes de la era Tokugawa.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> El debate sobre el confucianismo tiene dos milenios y medio. Con las novedades e inquietudes de cada momento se polemiza de manera periódica sobre su existencia, su naturaleza, su contenido, sus alcances, etc..En pleno siglo XXI el confucianismo no pierde esta vigencia y su realidad, defectos y atributos siguen siendo parte de una discusión entre Occidente y Asia del Este, entre los diferentes países del Asia oriental e incluso dentro de la propia China. En el caso de Japón, como ya se señaló, el confucianismo se introduce al país desde los primeros siglos de la nueva era, “junto con la inserción del lenguaje chino escrito”. “Con el paso del tiempo, las nociones confucianas tuvieron una influencia decisiva en una parte significativa de la cultura japonesa, incluidos los nombres imperiales, los títulos de poder y el primer intento de articular una estructura constitucional para el orden político”. Con la expansión del neo confucianismo, especialmente a partir de la sistematización de Zhu Xi (1130-1200), el confucianismo vivió un segundo auge en el país nipón ante la subordinación del budismo durante la Dinastía Song. Al propio tiempo, el dominio Tokugawa a partir de 1600 permitió el desarrollo de una base cultural para que se diera el siglo de oro de la filosofía confuciana en Japón. “Durante este periodo, los filósofos confucianos fueron frecuentemente respaldados por los miembros de la élite Samurái o ya eran parte de la clase guerrera. Pero aún durante esta era de divisiones hereditarias entre los samuráis, los campesinos, los artesanos y los mercaderes ... los filósofos confucianos se dirigían al mundo desde una perspectiva inclusiva y que *a priori* tenía como intención no tanto omitir o marginalizar, sino más bien comprender holísticamente”. La clara influencia del confucianismo en Japón, a pesar del destierro que intenta la era Meiji, se refleja en la primera construcción de la palabra “filosofía” que surge en este periodo, al formarse con un neologismo que incluía “distinciones sutiles” derivadas del confucianismo antiguo y moderno. “Sin embargo, mucho más influyente que el hecho de que la nueva palabra «Tetsugaku» catapultase el confucianismo a la vanguardia de la filosofía japonesa, fue la impresionante obra producida por el primer japonés que obtuvo un puesto académico en el área de filosofía en la Universidad Imperial de Tokio, Inoue Tetsujiro (1855-1944). Inoue identificó dentro de la filosofía japonesa tradicional diversas escuelas del confucianismo japonés temprano. En su monumental trilogía, Inoue revela que mucho antes de que la filosofía occidental hubiese llegado a Japón, los pensadores confucianos de la era Tokugawa (1600-1868) produjeron un copioso volumen de literatura filosófica. «Los estudios de Inoue persuadieron a muchos japoneses y eruditos occidentales de que el confucianismo había sido un elemento de vital importancia dentro de la tradición japonesa» (Heisig, Kasulis y otros, pp. 315-317). Sin embargo, el confucianismo y su influencia en Japón sigue a debate con las categorías y los cambios inherentes al siglo XXI. Novedosos autores como Kang Xiaoguang, Jiang Qing o Kiri Paramore, estructuran nuevas confrontaciones y realidades frente al “leninismo del Partido Comunista Chino”, en su comparativo con China; como el *laissez faire, laissez passer* neoliberal o el nacionalismo cultural conservador, entre otros. Nuevos movimientos confucianos en Taiwán, Hong Kong, Singapur, China, etc., son parte de un debate interminable. En el caso de Japón, desde la era Meiji y la segunda parte del siglo XX, el tema ha tratado de ser relegado ante la construcción de una historia cultural única, llegando incluso de manera generalizada a ser parte de un tabú en los medios intelectuales y políticos. No obstante, académicos como Abe Yoshio, Watanabe Hiroshi, Kojima Yasunori, etc., son parte de una nueva ola de especialistas sobre el estudio del confucianismo en Japón y el resto de Asia. Aunque junto con ellos, académicos como Yonaha Jun (El Significado de Japón), académico de gran brillo y respeto en el Japón de hoy, de manera *irreverente* y erudita reconstruye el paso histórico del confucianismo en Japón como parte de un

Sin embargo, en el siglo XVIII y sobre todo en el XIX, la necesidad de contar con un nacionalismo fuerte ante las amenazas externas en ebullición,

---

evento huntingtoneano de choque de civilizaciones entre la civilización china y la civilización japonesa, en el marco hipotético de los acuerdos de Westfalia. Maruyama Masao, por su parte, a partir de 1945 *inspira* la “regla Maruyama”, la cual consiste en hablar del confucianismo evitando mencionar su nombre. Actualmente, como señala Paramore, del tabú de hablar de las formas culturales compartidas en el Este de Asia, se ha transitado a una limitación del tema derivada de los retos que ambos países enfrentan en el siglo XXI (Paramore, 2016, pp. 173-182). La intención de este trabajo está lejos de pretender abundar en un tema de idiosincrasias y rivalidades regionales. Busca más bien encontrar claves que permitan desde una óptica occidental establecer las constantes de la construcción del poder de una región vasta en producción civilizatoria, cuyas estrategias han derivado en políticas comunes de naturaleza económica que las han catapultado a ser las naciones con mayor desarrollo y mejora social de una sociedad global que no se presenta con los mismos resultados. En este sentido, como ya se subrayó, las líneas políticas y económicas de Japón en los siglos XIX y XX resultan por demás sugerentes para entender las estrategias seguidas por la mayoría de los países de la zona en el siglo XX y XXI. Incluso la política económica de Japón de postguerra, se presenta como una prolongación de lo intentado a partir de 1868. Desde luego la imposición militar y hegemónica de Estados Unidos a partir de 1945 cambia de manera forzada el análisis, aunque en el terreno económico el poder del Estado Desarrollador japonés nunca se mostró vencido y al contrario, perfeccionó su participación para lograr su segundo milagro económico. También resulta claro que en la primera mitad del siglo XXI, ante el desarrollo económico logrado (40 mil dólares per cápita, 2018) y después de siglo y medio de convivir de manera estrecha con Occidente, el tema de Japón no puede tratarse bajo la misma línea de análisis. Sin embargo, basta estar en Japón y ver el permanente compromiso entre política y economía, sentir su neo nacionalismo, la vigencia de los valores asiáticos, etc., para establecer que una ontología sintoísta, confuciana y budista conviven de manera preponderante sobre una cultura occidental. El tema del resultado del mestizaje “euroasiático” de Japón y Hong Kong, por ejemplo, son una asignatura pendiente en este tiempo de cambio de eras. Mientras tanto el debate sobre el confucianismo seguirá abierto en Asia del Este para establecer si ha sido un nacionalismo xenofóbico, si ha solapado un conservadurismo radical, si ha prohijado los fascismos nacionalistas, si ha sido un obstáculo para la promoción de la diversidad, del pensamiento crítico, del activismo crítico, etc., o si ha sido una pieza clave de un modelo socio político que ha contribuido a sostener tanto la vigencia de la civilización de Asia del Este por dos milenios, como su hegemonía económica mundial por el 90% de esa vigencia. Mientras se resuelven de manera suficiente estos *enigmas asiáticos*, Confucio sigue enseñando que “en la naturaleza del cielo y de la tierra, el hombre es la más digna de todas las criaturas; de la conducta de los humanos, ninguna es tan grande (moralmente) como la piedad filial”. Que la piedad filial incluye cinco relaciones básicas de naturaleza familiar, social y política: padre e hijo, esposo y esposa, hermano mayor y hermano menor, soberano y súbdito, amigo y amigo, las cuales aún son parte fundamental de la sociedad y el Estado asiático. A lo anterior Flora Botton nos dice que en estudios recientes en China (agregaríamos a Japón y a otras naciones del Este de Asia), resulta “importante la sobrevivencia de actitudes confucianas, que ponen énfasis sobre el deber hacia los padres, la armonía y el bien común que hacen ver a la familia como centro de apoyo emocional y material en épocas de crisis [y que] A pesar de las opiniones divergentes existe consenso entre los estudiosos de que los lazos entre los miembros de la familia permanecen vivos y fuertes” (Botton Beja, 2019, p. 367).

junto con la decadencia de la figura del shogunato, da lugar a un tiempo llamado de “Estudios Nacionales” donde se practica la reconstrucción de un relato propio a través de la veneración del pasado, la cual lleva a que en 1890 se declarara dentro de la inauguración de la *restauración* Meiji al sintoísmo como la ideología nacional del Estado, a lo cual podría sumarse que en 1940 el Primer Ministro Fumimaro también lo reconoce como la única *religión* del país.

No obstante, a pesar de este hecho importante de la identidad japonesa, en plena época Meiji el Ministro de Educación Fukuoka Takachika no puede evitar declarar a pesar de la nueva ideología sintoísta, que “en materia de disciplina nosotros debemos promover el único pensamiento moral de este imperio, que se refiere al seguimiento de las doctrinas del confucianismo” (Smith, 1959, p. 47). Sin desatender la importancia que guarda el sintoísmo para la vida política y social de Japón, como reconoce Smith, el nacionalismo sintoísta y el confucianismo se comunican y se consultan desde su nacimiento de manera permanente, a partir de una ética confuciana de valores comunes y de un orden político y social de naturaleza vertical en todos los niveles. De un principio confuciano de piedad filial como punto de partida para organizar al Estado y la máxima lealtad y devoción al Emperador, como el poder central establecido (Smith, 1959, p. 237).

La visión confuciana de la construcción del poder que comparten bajo su propia circunstancia tanto China como Japón, parte como ya se dijo de la idea de un Estado fuerte, poderoso, sin limitaciones, operando bajo un verticalismo del poder basado en el principio de la piedad filial.<sup>8</sup> Bajo esta

---

<sup>8</sup> Ahora los líderes de la corte japonesa estaban tratando conscientemente de construir un poderoso Estado centralizado, algo parecido al modelo utilizado por China en las dinastías Sui y Tang. Los monjes japoneses que habían sido enviados a China para estudiar, junto con las primeras misiones diplomáticas, comenzaron a regresar a casa en la década de 630, trayendo consigo conocimiento directo de las condiciones imperantes en la dinastía Tang. En torno al príncipe Naka no Ōe (quién gobernó más tarde como el emperador Tenji, r. 662-671), se formó una coalición con algunos de los maestros que habían estudiado en China y éstos fueron guiados por un hombre llamado Nakatomi Kamatari (614-669). De acuerdo con la tradición, Nakatomi Kamatari avaluó con sumo cuidado las habilidades de todos los príncipes reales y determinó que Naka no Ōe era la persona más adecuada para llevar a cabo su anhelado proyecto de establecer un gobierno centralizado. (Holcombe, 2016, p. 155).

Los esfuerzos por fortalecer el Estado japonés en este momento de crisis incluyeron una acelerada adopción de las instituciones imperiales de corte chino, que entonces constituían simplemente el modelo administrativo más impresionante que existía, y el cual es probable que se haya introducido sobre todo de manera indirecta en esta época a través de la mediación de Silla, en Corea, más que directamente a través de la China de la dinastía Tang. H. Ooms, *Imperial Politics and Symbolic in Ancient Japan: The Tenmu Dynasty, 650-800*, University of Hawai'i Press, Honolulu, 2009, p. 51 (Holcombe, 2016, pp. 156 y 157).

idea central convergen bajo diversas formas, pero con la misma esencia, la mayoría de los estados antiguos de Asia del Este. Por ello, lo que enfrenta, lo que *choca* con el orden político occidental en ese primer encuentro del siglo XIX no es solo la idiosincrasia de una nación que en lo industrial debatía sus fortalezas y debilidades políticas y económicas con el poder del momento, sino que en lo general era la suma del acervo civilizatorio de toda una región que en este primer momento tuvo que reacomodar su realidad para preservar sus intereses y su futuro, pero que no claudicó de su etnicidad, de su cultura, ni renunció desde ese momento a la importancia de su papel en la nueva era global. Como lo declarara en 1905 el periodista Tokutomi Shoho cuando la flota japonesa derrotó en el estrecho de Tsushima a la fuerza naval rusa, “Nosotros hemos destruido el mito de inferioridad de las razas no blancas. Con nuestro poder estamos forzando nuestra aceptación como miembros de las grandes potencias mundiales” (Mishra, 2012, p. 3).

### 3. *El cambio económico y la etnicidad*

El Estado asiático —el Estado chino como fundador del modelo pero en este caso el Estado japonés como país tributario— en su acepción política y económica nacen juntos, aprenden juntos, viven juntos y son consustanciales en su origen. De igual modo, sus atribuciones económicas esenciales nacen en el mismo parto a manera de modalidades primarias que poco han variado, porque son parte de la construcción de un poder que se pensó como un padre responsable para satisfacer las necesidades materiales y económicas de su pueblo; de un pueblo educado no a tener, sino a ser, en la frugalidad de su moralismo confuciano. De un padre (Estado) imperial unipersonal, que no está acostumbrado a compartir su poder ni su responsabilidad porque nunca lo ha hecho. Porque nunca ha estado sujeto a limitaciones (checks and balances); que está acostumbrado desde siempre a actuar de manera autoritaria, bajo la *responsabilidad moral y virtuosa* de su origen, sujeto al resultado de la satisfacción de sus gobernados (hijos). A organizarse de manera vertical como un padre a su familia, con una sola voz y mando de arriba hacia abajo, donde prevalece la lealtad ilimitada de cada uno de los miembros de la familia hacia su gobernante (Estado), en una relación vertical sin atisbos democráticos reales, porque nunca han sido parte de su cosmogonía de Estado. De un Estado que para garantizar sus buenos resultados se rodea de una organización civil de carrera milenaria, meritocrática, de un gobierno de los *mejores*; dinámica, actualizada, disciplinada y pragmática,

como un ejército burocrático que por milenios administró primero la tierra, el siglo pasado la industria y ahora los servicios de la inteligencia.<sup>9</sup>

En el terreno económico Japón, como la región de Asia del Este en su conjunto, desde un principio reconocieron que la diferencia principal con Occidente era el grado de desarrollo industrial entre unas y otras. Que el poder de las potencias militares emanaba de una revolución industrial a la cual no habían asistido y que ahora la forma de alcanzar y luego competir con estas naciones era generar un desarrollo industrial acelerado propio.

En una era donde el liberalismo de mercado se imponía militarmente en toda Asia, la articulación de la respuesta política y sobre ella la estrategia económica llevada a cabo por Japón en el siglo XIX es lo que puede definirse como el antecedente más relevante del ahora exitoso modelo asiático de desarrollo o “Estado Desarrollador” como lo calificó Chalmers Johnson en el siglo XX.

En los ochenta del siglo pasado, bajo la nueva cauda de éxitos económicos de Japón y ante la observación de los atributos de un modelo asiático con características propias, Johnson declaraba con sensibilidad que “El Estado Desarrollador existe y está en el proceso de cambiar el balance del poder mundial, ya sea que lo reconozca o no, el establishment académico y periodístico angloamericano” (Woo-Cumings, 1999, p. 33). Al respecto Franks, sobre las características propuestas agregaba “En el mundo de Asia del Este que describe (Chalmers) Johnson, las élites gobernantes y los ministerios económicos estratégicos despliegan todo el arsenal que está a su disposición como normas, regulaciones, subsidios, protección comercial, restricciones a la inversión extranjera, para guiar a sus empresas nacionales en dirección al desarrollo que ellos estimaran necesario” (Franks, 2015, p. 17).

Este compromiso del Estado asiático con su economía y con sus resultados, tanto en China como en Japón, Corea, etc., lo ha practicado desde siempre y va mucho más allá de escoger ganadores (Picking Winners) o administrar fallas del mercado (market failures). La idea de un Estado in-

---

<sup>9</sup> En su artículo “Formación y desarrollo del capitalismo en la modernización del Este de Asia”, Kyong Dong Kim comenta que a pesar de no intentar meterse en el rol cultural del desarrollo económico de Japón, China y Corea a partir de la Segunda Guerra Mundial, el foco de su análisis lo lleva en su descripción al papel que jugó el Estado en el proceso del desarrollo capitalista de esos tres países. Que su investigación reconoce que existe un antecedente en este sentido desde el siglo XIX, que se va desarrollando con diferentes características en cada uno de estos países. Sin embargo, en los tres se da una *influencia confuciana* que traducida en el papel desempeñado por el Estado con sus actores económicos privados, contribuye a sus impresionantes resultados económicos de su periodo respectivo, a lo cual sin precisarlo, no deja de señalarlo como un “capitalismo confuciano” del Este de Asia (Hyun-Chin Lim, Jan Nevederveen Pieterse, Suk-Man Hwang, 2018).

terventor *responsable* de la suerte de sus súbditos, nace con Confucio y sus seguidores y se implementa bajo diferentes circunstancias a lo largo de dos milenios. La creación del primer Estado moderno por parte de China desde el siglo III a. C. y su influencia tributaria con toda su zona de influencia es lo que determina la naturaleza política y económica de un Estado asiático que siempre tuvo un compromiso con su economía y sus gobernados. La interpretación acertada que ofrece Johnson para el Japón del siglo XX, encuentra su origen en la etnicidad milenaria de una región que a través de esta característica ha sabido detentar el liderazgo económico del 90% del tiempo moderno de la humanidad.

Japón frente a su reto económico, construyó una respuesta política de *forma occidental* pero de naturaleza asiática, donde el poder del emperador y su equipo de restauración no tuvieron límites para la ordenación del aparato del Estado de 1868 a 1926 con los emperadores Mutsuhito y Yoshihito; e incluso, aunque bajo un esquema diferente, durante la *democracia* Taisho y el Régimen de Guerra (1931-1945). A partir de 1945 repite la estrategia económica bajo la *circunstancia* americana.

El resultado de ello, en materia política, fue un parlamentarismo japonés con características asiáticas o un *Absolutismo Meiji* con *particularidades occidentales*, del cual nació un modelo económico-industrial japonés que en el tiempo se convirtió en el modelo asiático de desarrollo, el cual, del siglo XIX al XXI lo han repetido bajo sus propias condiciones Taiwán, Corea, Malasia, Hong Kong, Singapur, etc., y de manera especial la República Popular China.

En materia económica la Dinastía Meiji construyó toda una estructura que ha sido catalogada por algunos especialistas como *sui géneris* (Flath, 2014). El capitalismo japonés —subraya Martínez Legorreta— no se desarrolló como un capitalismo estatal ni tampoco como el resultado de la empresa privada, sino como una mezcla de ambos (Legorreta Omar, en Tanaka (Comp.), 2013, p. 208). En los setenta del siglo XX, durante la apertura China, Deng Xiaoping traduciría lo anterior señalando que “Actualmente hay dos modelos de desarrollo productivo. En la medida que cada uno de ellos sirva a nuestros propósitos, nosotros haremos uso de él. Si el socialismo nos es útil, las medidas serán socialistas; si el capitalismo nos es útil las medidas serán capitalistas”. “No existen contradicciones fundamentales —resumía Deng de manera pragmática— entre el socialismo y la economía de mercado” (Oropeza, 2008, p. 450). Tampoco las hubo entre el capitalismo liberal de la era Meiji y el nuevo *Estado Desarrollador* japonés.

El *pragmatismo económico* en Occidente lo inaugura Japón junto a su entrada al orden liberal de su tiempo en un afán de integrarse al círculo de

ganadores, pero sin obviar su ADN asiático, más como una parte consubstancial del mismo que como una estrategia deliberada del momento. De este modo, la administración Meiji construye un poder político-jurídico a modo de formas occidentales, pero centralista en su ejecución. En lo económico, este mismo poder, reflejado ahora en la imagen de un *Estado Desarrollador Moderno* dirige la industrialización del país empezando por la nueva infraestructura, banca, telégrafo, ferrocarriles, sistema monetario, etc., al propio tiempo que asume de inmediato el papel de siempre, de ser un Estado proteccionista, inyectando capital al sector privado, creando empresas, promoviendo empresas públicas y privadas, abasteciendo con ventaja el suministro de insumos, materias primas y distribuyendo en general todo tipo de estímulos, subsidios, o protección que contribuyera a la conformación de una economía industrial que pudiera competir y ganar con las empresas occidentales.

Su relación con el sector privado, sin importar su tamaño, es de sumisión y dependencia, al propio tiempo que de oportunidad de manejar políticamente a una clase samurái desplazada, que en el nuevo orden económico y político encuentra un lugar al frente de las nuevas empresas del Estado. Esta característica de Japón es la que explica en gran medida el nacimiento de los zaibatus<sup>10</sup> o grandes conglomerados económicos del país, a los cuales por razones estratégicas y políticas el imperio les proporciona un apoyo desmedido en sectores estratégicos, creando campeones mundiales en la industria pesada, en la de bienes de capital, automotriz, etc. Empresas y familias como Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo, Kawasaki, etc., son todavía ejemplo de esta política que viene del siglo XIX. Esta relación Estado-sector privado, por la naturaleza de su origen, genera un motor del desarrollo diferenciado no fácil de entender en otras regiones del mundo, pero que implican en síntesis, desde siempre, el compromiso por parte del Estado con su desarrollo económico y sobre todo con sus resultados. Esta estrategia económica que da inicio en Japón en su versión moderna desde la *restauración*, continúa hoy en día con las modulaciones del caso. “Aun cuando el proceso de industrialización se cumplió y llevó a Japón a una nueva etapa de desarrollo” (Legorreta Omar, en Tanaka [comp.], 2011, p. 229).

A las *circunstancias* asiáticas se les ha tratado de diferenciar desde siempre. En algunos casos se habla de “Orientación administrativa japonesa” (Woo-Cumings en Aoki [comp.], 2000, p. 434); en otras del “espíritu Sa-

---

<sup>10</sup> En Corea esta figura dará lugar a la creación de los chaebols industriales después del fin de la guerra de 1950, y en China se desbordará con las grandes empresas de Estado o SOES, así como la creación de zonas económicas especiales.

murái” (Francks, 2015), etc., lo cual nos habla que desde su incorporación las diferencias japonesas-asiáticas ya demandaban una distinción dentro del análisis económico-político occidental. A lo anterior puede añadirse el sentido de respeto y lealtad de los obreros, empleados y funcionarios japoneses, que impactó y sigue impactando a Occidente y que ahora podría generalizarse hacia la mayoría de los países del Este asiático inspirados más en el nacionalismo, la lealtad y el merito que en las utilidades. A lo anterior Francks fundamenta “Sobre el éxito logrado en las nuevas empresas —japonesas— debe destacarse en primer lugar un compromiso patriótico y de responsabilidad social, más que una acumulación privada de la riqueza. Un fenómeno no conocido —en Occidente— pero fiel a una tradición confuciana y a una sociedad todavía en contacto con su pasado feudal” (Francks, 2015, p. 57).

La aportación que hace Japón a la región del Este Asiático es un fenómeno de la mayor relevancia cuyas consecuencias se siguen esparciendo en tal magnitud, que se identifican ahora como una de las causas principales del cambio del centro económico del Atlántico al Pacífico. Sin embargo, la interpretación del éxito económico de la asimilación japonesa con Occidente tanto en el siglo XIX como en el siglo XX sigue siendo un tema controvertido que se discute periódicamente pero que no acaba de resolverse.

La corriente occidental predominante (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, 1991, etc.) sigue explicando el éxito económico Meiji y su réplica a partir de la segunda mitad del siglo XX, como resultado de la *adopción* del modelo de economía abierta y de libre mercado, agregando en el aspecto político su adopción del Estado de Derecho y modelo democrático, o sea el *Western Model*. Otra corriente importante asume el éxito japonés a partir de la adopción de las enseñanzas occidentales de teóricos como Hamilton, Thomas Jefferson, Bismarck, etc., o de especialistas económicos como Lutz, Smith, etc., los cuales la *motivaron* a la adopción de un modelo desarrollista industrial para después comportarse como una economía de mercado. Stiglitz y Wolfson por su lado, destacan en primer lugar algunas de las contribuciones propias del “milagro del Este asiático”, entre otras: el logro de un mejor funcionamiento de la sociedad; la flexibilidad de las políticas públicas; la relación entre el Estado y los mercados; la acumulación de capital físico y humano; modificaciones de la asignación de los recursos; apoyo oficial a la inversión, etc. Pero no convencidos del todo de sus propias conclusiones comentan

Quizás el verdadero milagro del Este asiático haya sido político más que económico ¿Por qué —se pregunta sin responder— emprendieron los gobiernos estas políticas? ¿Por qué los políticos o funcionarios no las tergiversaron en

beneficio personal? —agregando— también en este punto la experiencia del Este asiático tiene muchas enseñanzas para compartírnos, en lo particular en lo tocante al uso de los incentivos y del diseño del sector público tendiente a encontrar la eficiencia y reducir la posibilidad de la corrupción (Stiglitz, Wolfson, 1997, p. 347).

Otra corriente conocida como “Análisis Institucional Comparado” (World Bank, 1993), se presenta como una alternativa que rompe con el reduccionismo economicista sobre la procedencia o grado de participación de la ecuación Estado-Mercado. Esta postura muestra un avance al incluir el estudio del comportamiento científico de ambas teorías, pero al señalar que “...el crecimiento económico de Asia Oriental no está culturalmente determinado, sino que ha surgido de un contexto regional particular de desarrollo tardío, un lugar particular llamado Noreste Asiático en un momento particular llamado guerra fría” (Woo-Cumings en Aoki [comp.], 2000, p. 434) primero, como el resto de las teorías, desconocen a la región como cuna de las civilizaciones vigentes más antiguas del planeta y segundo, obvian la influencia de China, desde siempre, como el centro cultural-civilizatorio de una zona tributaria poderosa y compleja, ante la seducción de un positivismo económico que se niega a analizar la influencia ontológica de una región milenariamente vigente, que las diferencias entre Estado y Mercado las debatió filosóficamente hace más de 2000 años y que su Estado Moral y Vertical sin limitaciones también lo decidieron siglos atrás.<sup>11</sup>

Japón irrumpe a la escena global y con sus *características asiáticas* logra hacerse imperio y nación desarrollada de 1870 a 1949. De 1950 a 1990, Japón repite la experiencia y ajustando lo ajustable, vuelve a colocarse como la segunda potencia económica hasta fines del siglo XX. Taiwán, Corea, Hong Kong, Singapur, etc. siguen el modelo asiático de desarrollo mostrado por Japón y en una mezcla afortunada de Estado- Mercado (Estado desarrollista asiático) consiguen el éxito económico. A partir de 1978, una China en banca rota, emulando la experiencia regional ganadora, con características chinas y 900 millones de seres humanos se coloca a partir de 2010 como la segunda economía del mundo.

---

<sup>11</sup> Asia es una. La cordillera del Himalaya separa, solo para destacarlas, dos grandes civilizaciones: por un lado, la china del comunitarismo confuciano, y por el otro, la india del individualismo védico. Sin embargo, ni siquiera las barreras nevadas pueden detener esa gran expansión de amor por lo definitivo y lo universal que constituyen el legado y el pensamiento comunes de los pueblos de Asia, que han posibilitado la gestación de todas las grandes religiones del mundo y que además los diferencia de los pueblos marítimos del Mediterráneo y del Báltico, que adoran concentrarse en lo particular y en la búsqueda del significado de la vida, y no en su propósito (Okakura, 2018, p. 39).

El modelo asiático de desarrollo existe y las categorías occidentales no terminan de descifrarlo.

Será importante, primero, que Occidente acepte que existe una cultura diferente a la suya con dimensiones históricas vigentes. Que a las categorías occidentales en debate: Estado- Mercado, Asia del Este les imprime otra interpretación y resultado. Que la dimensión del Estado Moderno asiático con 2200 años de antigüedad, es una entidad llena de contenidos, muchos de ellos con una ontología alejada de la idea occidental. Que Japón es una cultura individual al propio tiempo que tributaria, igual que Corea, Taiwán, Singapur, etc., y por lo tanto el análisis de categorías para descifrar al modelo japonés o modelo asiático de desarrollo no es suficiente que parta de la mitad del siglo XX o de la restauración de la Dinastía Meiji, ni tampoco del siglo VII de la Constitución de Shōtoku. Es menester acudir a los debates por el Estado y sus funciones del siglo V al I a. C., sucedidos en China; a las ideas y los escritos de Confucio, Mencio, Lao Tse, Zhu Xi, etc., para entender el verticalismo asiático y sus formas de construcción del poder y su participación directa, desde siempre, en el desarrollo económico. A la piedad filial confuciana y su cultura ancestral al respeto al poder y a los valores sociales; a su forma de crear burocracias aristocráticas desde hace 2000 años y a su apego a una sociedad orientada al Estado de la Moral y no al Estado de Derecho.

¿Estado intervencionista eficaz? ¿Capitalismo burocrático? ¿Absolutismo Meiji? ¿Paternalismo autocrático? ¿Estado centralizado? ¿Estado Desarrollista? ¿Socialismo de Mercado? ¿Democracia y Estado de Derecho con características asiáticas? ¿Una formula de Estado ancestral vigente en permanente movimiento? He ahí el reto.

#### IV. REFLEXIONES FINALES

Actualmente Occidente se sigue preguntando que ha pasado con esa etapa sin dudas dominada por él, en la que en el marco de una fuerza sin obstáculos descubrió nuevos continentes, le dio la vuelta al mundo, inauguró una Revolución Industrial, conquistó los grandes imperios de su tiempo y en el siglo XX, en el ámbito de una contienda global, instauró una nueva institucionalidad para un futuro que se pensó interminable. El fin de la historia, se dijo, en una conversación íntima donde todo *funcionaba bien*, donde todo estaba bajo control y adivinaba un siglo XXI de hegemonía occidental.

Toda esta percepción cambió y en un laberinto con muchas dudas y pocas respuestas, Occidente observa con preocupación cómo avanza una

transformación global donde poco a poco va perdiendo su control y su dominio y camina de manera inexorable hacia una *nueva normalidad* que no sabe cuál es pero en la que aparece la presencia progresiva de un actor asiático de mil caras, que de manera directa ya participa en los temas de su futuro y de su presente.

El estudio del fenómeno asiático en general, pero de Asia del Este en particular, desde su *revelación moderna* a cargo de los misioneros cristianos del siglo XVI y XVII<sup>12</sup> ha padecido, en términos generales, de la ausencia de un análisis que este a la altura de la profundidad y riqueza de las diferentes civilizaciones que la habitan. Ignorancia, desprecio, olvido, supremacía, son algunas de las razones que al día de hoy han evitado que Occidente tenga una percepción más clara de sus contrapartes asiáticas.

Ante la pregunta hoy cada vez más repetida de si este será un siglo occidental o uno asiático, o euroasiático, la necesidad de contar con una relatoría más creíble de su encuentro *moderno* se convierte en una urgente necesidad si es que Occidente pretende salvaguardar los términos de su futuro y abonar hacia la construcción de un nuevo orden más sustentable.

La vigencia de las civilizaciones de esta región asiática impiden las conclusiones apresuradas. Obviarlas no es opción si lo que se pretende es construir un relato solido de sus categorías políticas y en consecuencia de sus derivaciones económicas y sociales. Verlas también a la luz de los resultados de sus últimos lustros o años, se presenta como una trampa muy propicia al autoengaño. Finalmente, dividir las, explorarlas únicamente en la línea de su individualidad, es olvidar la interrelación de una región que los dos últimos milenios operó, más allá de sus propias voluntades, como una cuenca cultural y civilizatoria de innumerables contagios.

Japón, en este sentido, surge como uno de los actores relevantes de Asia del Este que por más de dos mil años ha contribuido y ha participado en la producción civilizatoria de la región. Por ello, su papel en el escenario económico mundial en el siglo XIX no puede analizarse solo como una decisión atinada de la *restauración* del momento. De 1868 a 1945 el recorrido económico de Japón lleva con él una serie de atributos regionales propios y compartidos, que han operado con todo éxito dentro de una realidad polí-

---

<sup>12</sup> Los jesuitas continuaron informando desde China en el siglo XVIII. La posición de los Padres en la Corte, entre los eruditos burócratas, y su calibre científico pueden haberse disminuido desde el siglo anterior. Varias descripciones del país, basadas en viajes extensos a través de algunas provincias, se habían producido anteriormente, en particular los libros de Álvarez Semedo (1642) y Gabriel de Magalhães (1688). Sin embargo, no fue hasta la llegada de los primeros jesuitas franceses a Pekín en febrero de 1688, cuando la literatura sobre China comenzó a inundar el mercado europeo (Osterhammel, 2018, p. 115).

tica y económica occidental. De 1945 a 1990, en lo económico recupera la experiencia del siglo XIX y a pesar de su nueva realidad política, de 1946 a 1975 crece al 9.3% anual promedio y de 1976 a 1995 al 3.7% anual promedio, logrando ubicarse después de su derrota militar como la segunda economía del mundo.

Es cierto que para lograrlo, Japón recurre técnicamente primero al Keynesianismo para la recuperación de la derrota; al Plan de Estabilización Económica del Ministro Tanzan; al periodo del Rápido Crecimiento de 1951 a 1960; al Plan para Doblar el Ingreso Nacional de 1961 a 1970; al Plan de Crecimiento Estable a partir de 1971, hasta la década de los noventa donde el país entra a una etapa de estancamiento que no ha podido superar. No obstante, durante la recuperación económica japonesa de la segunda parte del siglo XX la presencia nuevamente de un Estado Desarrollista de estilo asiático vuelve a hacerse presente.

Holcombe confirma lo anterior al identificar a Japón al igual que Johnson, como el Estado Desarrollista original de Asia oriental, al que los propios japoneses calificaban en la década de los setenta como *economía de mercado orientada a la planificación*. Holcombe al igual que muchos otros, recurre a nociones nativas de explicación al indicar que las altas tasas de ahorro con las que se financió buena parte del *milagro japonés* estaban relacionadas con la tesis *controvertida* de la cultura confuciana. Y aunque reconoce que esto es debatible, acepta como un “hecho que los altos índices de ahorro han sido una característica común en toda la Asia Oriental moderna”. Y a manera de síntesis, a finales de los ochenta reconoce que “...el excepcional éxito económico japonés se debía precisamente a su carácter nacional único”. Aceptando la diferencia étnica del país, aunque obviando, como se repite en muchas ocasiones, su vinculación civilizatoria milenaria con el resto de su región (Holcombe, 2016, pp. 276-382).

La trayectoria política y económica seguida por Japón por más de siglo y medio, a pesar del tiempo transcurrido sigue siendo la piedra filosofal, el caso de estudio de un encuentro político-económico del cual Occidente no ha encontrado a la fecha la interpretación adecuada. Japón junto con China, en un sentido amplio, guardan la respuesta de la mejor identificación del Estado Desarrollista Asiático.

A pesar de la *occidentalización* de Japón en pleno siglo XXI, de su democracia parlamentaria *cuasi unipartidista* con características asiáticas; de su neo nacionalismo sintoísta en lo político y de su estancamiento económico, si bien ha dejado de ser el mejor ejemplo de la aplicación del modelo asiático, a través de las hendiduras de su tiempo nuevo asoman en lo económico, lo político y lo social, la raigambre de una sociedad sintoísta, confuciana y budista.

Occidente, al inicio de la tercera década del siglo XXI y en el marco de una nueva era del Pacífico, tiene que decidir si los grandes contrastes económicos, políticos y sociales que prevalecen con los países del Asia del Este son resultado de una ecuación Jasperiana de la era axial, o simplemente son el desfase de dos regiones donde la parte conquistada está superando al maestro.<sup>13</sup>

Finalmente, estos dos mundos en *coalición* tendrán que asumir su responsabilidad de contribuir, a través de su mutua aceptación y reconocimiento, a que el siglo XXI sea un tiempo de todos.

## V. BIBLIOGRAFÍA

Aoki, Masahiko, Hyung-Ki Kim y Masahiro Okunno-Fujiwara (comps.) (2000), *El papel del gobierno en el desarrollo económico del Asia Oriental. Análisis institucional comparado*. México: FCE.

Asiain, Aurelio (2014), *Japón en Octavio Paz*, México: FCE.

Babicz, Lionel (2008), *1889, La première Constitution, L'Histoire*.

Botton Beja, Flora (2019), *Ensayos sobre China. Una antología*, El Colegio de México, Colección Antologías.

Diamond, Jared (2010), *Armas, gérmenes y acero. Breve historial de la humanidad en los últimos trece mil años*, España: quinta edición Debolsillo.

Flath, David (2014), *The Japanese Economy*, Third edition, Oxford University Press.

---

<sup>13</sup> China es el terreno más fascinante, un sitio para explorar una civilización rica y complicada. Pero me atrajo el estudio de la lengua china por otra razón más especulativa. Debido a que el chino se encuentra fuera de los grandes grupos lingüísticos indoeuropeos y utiliza otra forma de escritura (ideográfica, no fonética), y porque la civilización china, que es una de las más antiguas (y se registró en los textos en etapas tempranas), se desarrolló sin ningún tipo de préstamo o influencia de Europa Occidental durante mucho tiempo, China presenta un estudio de caso a través del cual se puede contemplar el pensamiento occidental desde el exterior y, de esta manera, sacarnos de nuestro atavismo. No estoy afirmando que China sea totalmente extranjera, pero al menos es otra. Al principio, nada parece conciliar: fuera de su elemento, el pensamiento tiene dificultades para orientarse. Pero esa incomodidad presenta una oportunidad; esa desorientación puede ser benéfica. Cuando comencé a estudiar filosofía griega, tuve una extraña sensación debido a que esa forma de pensar me era familiar, nunca esperé conocerla (si es que logré identificarla). Tan diferente como es el pensamiento griego, todo lo que vincula a los occidentales implícitamente con el riesgo de evitar que veamos su originalidad, desde la medición de su inventiva. Para romper los lazos de parentesco, tendremos que romper con la familia. Por eso es necesario dar un paso atrás. Un distanciamiento teórico es deseable, y esto es exactamente lo que ofrece China (Jullien, 2000, p. 9).

- Franks, Penelope (2015), *Japanese Economic Development. Theory and practice*, Nisan Institute Routledge Japanese studies, Third edition, Routledge.
- Holcombe, Charles (2016), *Una historia de Asia oriental. De los orígenes de la civilización al siglo XXI*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Heisig, James W., Kasulis, Thomas P., Maraldo, John C., Bouso, García, Raquel (2016), *La filosofía japonesa en sus textos*, España: Herder, 2016.
- Hyun-Chin Lim, Jan Nevederveen Pieterse, Suk-Man Hwang (2018), *Capitalism and Capitalisms in Asia. Origin, Commonality and Diversity*, Seoul National University Press. Series in Asian Studies.
- Jullien, François (2000), *Detour and access: strategies of meaning in China and Greece*, New York: Zone Books.
- Mishra, Pankaj (2012), *From the Ruins of Empire. The intellectuals who Remade Asia*, Nueva York: Farrar, Straus, & Giroux.
- Mishra, Pankaj (2017), *Age of anger. A history of the present*, New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Oropeza, García Arturo (coord.) (2008), *México-China: culturas y sistemas jurídicos comparados*, México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.
- Oropeza García, Arturo (2019), “China y el Estado Desarrollador. Una opinión desde las líneas de construcción del poder”, *Estado Desarrollador. Casos exitosos y lecciones para México*, México: El Colegio de México.
- Okakura, Kakuzō (2018), *Los ideales del Oriente*, Satori Ediciones.
- Osterhammel, Jürgen (2018), *Unfabling. The east. The enlightenment's encounter with Asia*, Princeton University Press.
- Paramode, Kiri (2016), *Japanese confucianism. A cultural History*, Cambridge University Press.
- Smith, Warren W. (1959), *Confucianism in modern Japan: study of conservatism in Japanese intellectual history*, Tokyo: Hokuseido Press.
- Stiglitz, Joseph E., Wolfson, Leandro (1997), Algunas enseñanzas del milagro del Este asiático, *Desarrollo Económico*, vol. 37, núm. 147.
- Tanaka, Michiko (comp.) (2011), *Historia Mínima de Japón*, México: El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África.
- The Constitution of the Empire of Japan (1889), Hanover Historical Texts Project, Harvard University: <https://history.hanover.edu/texts/1889con.html>.
- Woo-Cumings, Meredith (1999), *The Developmental State* (M. Woo-Cumings, ed.) Cornell University Press.
- World Bank (1993), *The East Asian Miracle. Economic Growth and Public Policy*, World Bank, Oxford University Press.

*Bibliografía consultada*

- Agüero, Luis I. (2017), *Japón en el siglo XXI. Visiones desde el Sur*. Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, Argentina.
- Arroyo Velasco, Rosario, Gutiérrez del Cid, Ana Teresa, Pérez Gavilán, Graciela (coords.) (2009), *Nuevos escenarios geopolíticos: Asia central-México*, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Babb, James D. (2015), *The Sage Handbook of Modern Japanese Studies*, SAGE Publications Ltd.
- Beasley, W. G. (1982), *Modern History of Japan*, Charles E. Tuttle Company, Third Edition.
- Bonifaz Chapoy, Dolores Beatriz (2010), *Evolución del concepto de Derecho en Japón*, Instituto de Investigaciones jurídicas, Serie Doctrina Jurídica, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Buruma, Ian (2003), *La creación de Japón, 1853-1954*, Ed. Random House Mandadori, S. L.
- Dore, Ronald (1987), *Taking Japan Seriously. A Confucian perspective on leading economic issues*, Stanford University Press, California.
- Endō, Shūsaku (2009), *Silencio. La aventura de los jesuitas en el Japón del siglo XVII*, Narrativas históricas Edhasa.
- Fingar, Thomas (2017), *Uneasy Partnerships: China's Engagement with Japan, the Koreas, and Russia in the Era of Reform*, Studies of the Walter H. Shorenstein Asia-Pacific Research Center, Stanford University Press.
- García, Pío (2014), *Geopolítica del siglo XXI: el factor asiático*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Girón Alicia, Vargas Aurelia y Uscanga, Carlos (2015), *La Misión Hasekura. 400 años de su legado en las relaciones entre México Japón*, Seminario Universitario de Estudios Asiáticos, Colección Universitaria de Estudios Asiáticos, vol. 1, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Japón. Debilidad y fortaleza (núm. 71, enero-marzo de 2019), *Vanguardia, Dossier*.
- Kōmei, Sasaki (2009), *La estructura múltiple de la cultura japonesa. Repensando la cultura japonesa desde una perspectiva asiática*, El Colegio de México, Japan Foundation.
- López Villafañe, Víctor y Uscanga, Carlos (coords.) (2015), *Japón después de ser el número uno. Del alto crecimiento al rápido envejecimiento*, Sigo Veintiuno Editores.
- Mahbubani, Kishore (2017), *The ASEAN miracle. A catalyst for peace*, National University of Singapore.

- Mason, R. H. P & Caiger, J. G. (1997), *A History of Japan*, Tuttle Publishing.
- Navejas, Haro Francisco Javier y Román Zavala, Alfredo (2012), *Diez naciones en busca de liderazgo*, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Oda, Hiroshi (2009), *Japanese Law*, Oxford University Press.
- Oropeza García, Arturo (2017), *From the Atlantic to the Pacific*, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.
- Pérez Martínez, Arturo (2018), *Aspectos de Japón vistos por un diplomático español*, Satori Ediciones.
- Prestowitz, Clyde (2015), *Japan Restored. How Japan can reinvent itself and why this is important for America and the world*, Tuttle Publishing.
- Ramírez Bonilla, Juan José, Toledo Beltrán Daniel, Uscanga Prieto, Carlos (coords.) (2011), *Japón ante la nueva configuración de Asia del Pacífico. Proactividad y reactividad ante un orden internacional fluido*, El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África.
- Román Zavala, Alfredo (1997), *Cinco percepciones de la región Asia Pacífico. Los casos de Singapur, Malasia, Indonesia, Australia y Japón*, El Colegio de México.
- Román Zavala, Alfredo (2011), *Internacionalización y partidos políticos en Japón. La crisis del partido liberal demócrata en 1993 y sus secuelas*, El Colegio de México. Centro de Estudios de Asia y África.
- Rubio Díaz-Leal, Laura (2008), *China y Japón: modernización económica, cambio político y posicionamiento mundial*, Comisión de Asia Pacífico del Senado de la República, Instituto Tecnológico Autónoma de México, Programa de Estudios de Asia Pacífico, Ed. Miguel Ángel Porrúa.
- Saviani, Carlo (2004), *El oriente de Heidegger*, Herder Editorial.
- Shiba, Ryōtarō (2018), *El último Shōgun. La vida de Yoshinobu Tokugawa*, Ed. Quaterni.
- The Yomiuri Shinbun Political News Department (2017), *Perspectives on Sino-Japanese Diplomatic Relations*, Japan Publishing Industry Foundation for Culture (JPIC).
- Uscanga, Carlos (coord.) (2017), *Japón y sus alternativas de desarrollo económico hacia el futuro*. Seminario Universitario de Estudios Asiáticos, Colección Universitaria de Estudios Asiáticos, vol. 6, Universidad Nacional Autónoma de México.